

## El Papa Wojtyla, poeta y dramaturgo

(DISCURSO DE APERTURA DEL AÑO ACADEMICO 1982-83)

Por Juan MORALES ROJAS

Hay hombres funestos para la humanidad que llevan tras sí la desolación y la muerte, aunque a veces aparezcan en la historia cubiertos con los andrajos de una falsa túnica gloriosa. Poco a poco, sin prisas, van ocupando en la historia el lugar de ruina y de vergüenza que su recuerdo merece. Son los trágicos y soberbios guñoles que pasaron por el mundo haciendo el mal a sus hermanos los hombres. Fueron personajes que sólo trajeron con ellos la ambición, la lucha, la muerte, el egoísmo, la masacre, el exterminio de pueblos indefensos; pero también, por suerte para nosotros, San Juan, en el capítulo X del Apocalipsis, nos habla de ese ángel poderoso que desciende del cielo, envuelto en una nube, que tenía sobre su cabeza el arco iris y su rostro era como el sol y sus pies como columnas de fuego. Esta descripción angélica, esa claridad del rostro, el arco iris que nimba su cabeza, indica, según la Biblia, que el ángel viene a los hombres en son de paz, que anuncia un juicio de benevolencia y amor.

En el capítulo primero, prólogo del Evangelio de San Juan, cantan los versículos 6.º y 7.º: «Hubo un hombre enviado de Dios de nombre Juan. Vino a dar testimonio de la luz, para testificar de ella y que todos creyeran por él». Juan se llama nuestro Papa y como el lenguaje evangélico es universal y eterno, el Juan enviado por Dios en el siglo XX podemos asegurar que es él, Karol Wojtyla, Juan Pablo II. Este Papa, de quien se ha dicho y es cierto, que con la valija de la fe, ha viajado por el globo, bajo muy distintos regímenes de gobierno, en circunstancias políticas delicadísimas, sencillamente buscando a sus ovejas tras la huella de los pasos de Jesús.

Y a España nos va a traer con el cálido aliento de su palabra, la poesía luminosa de su sonrisa, porque Karol Wojtyla es, además de Papa, un gran poeta, un exquisito poeta en quien florece en estos días la ilusión de su viaje a España, viaje preparado con verdadero cariño de padre, con una gozosa y esperanzada ilusión en el «divino tesoro» de Rubén Darío: la juventud. Para el Papa, la esperanza está en los jóvenes. Y parece que van a gritar los que no saben discurrir entre religión y política, entre humanismo y partidos. El Papa es un hombre valeroso. Aún sentimos el escalofrío de Turquía con aquel peligroso terrorista escapado de la cárcel. Paloma Gómez Borrero preguntó al Santo Padre si tenía miedo y él contestó: «Si el amor es más grande que el peligro, no puede haber lugar para el miedo». Y ahora viene a nosotros en unos días turbulentos, a navegar por un mar de inciertas olas políticas, con un indudable amor a España, con un panorama nacional lleno de inquietudes.

Queremos que venga a nosotros el poeta polaco. Es el primer Papa que visita nuestra Patria en los veinte siglos de cristianismo. Empaparse en la obra poética de Karol Wojtyla, es sumergirse plácidamente en las aguas tibias de un lago de ensueño. No es, ciertamente, muy conocida esta obra entre el público de habla española. Poetas, con más «méritos» políticos que literarios, tomaron carta de vecindad en nuestra tierra y muchos de ellos hasta fueron mitificados. Karol Wojtyla, el poeta, merece ser estudiado a fondo aunque su personalidad poética aparezca actualmente como sutilmente difuminada entre los esplendores del papado, de este gigante de la Iglesia del siglo XX que, con un clamor apostólico, como dice don Marcelo González, «su palabra está siendo acompañada de una orquestación vital-pastoral tan poderosa que arrastra a las muchedumbres y las hace sentirse como empujadas por un fuego de Pentecostés. La palabra de Juan Pablo II es un auténtico golpe al corazón y al pensamiento de quienes la escuchan y aún de los que simplemente la leen en los periódicos de cada mañana o cada tarde».

Y siguiendo al Primado de España, diríamos que su palabra es casi toda su poesía: «Es necesario que examinemos esa palabra alejada del fuego y del torrente, que meditemos —esa palabra, esa poesía suya— con serenidad para que no se nos vaya envuelta en el oleaje de sentimientos, de gozo, de sorpresa, de entusiasmo que despierta cuando es pronunciada o leída bajo la presión del momento».

Con motivo de su visita a España, la Biblioteca de Autores Cristianos ha presentado a los hispanoparlantes la obra poética de Karol Wojtyla. Es el homenaje de la poesía española —más que de la poesía católica española— a Juan Pablo II. Los poetas que han realizado esta adaptación literaria han partido todos de la traducción literal del poeta polaco Józef Lobodoswki. Sus nombres, todos importantes, son los siguientes: Ernestina de Champurcín («Perfiles del Cirineo»), Eulalia Galvarriato

(«Cuando yo pienso: Patria»), Jorge Blajot («Meditación sobre la muerte»), Antonio Castro («La Iglesia. El nacimiento de los confesores»), Lorenzo Gomis («La cantera», «Pensamiento», «Extraño espacio», «Peregrinación a los Santos Lugares»), Bartolomé Mostaza («Magnificat», «Cantación sobre el Dios oculto», «Cántico al esplendor del agua», «Meditación sobre la paternidad», «La Verónica», «Estanislao»), Antonio Muñoz Rojas («La Madre») y Carlos Murciano («Vigilia Pascual 1.966»).

El primer poema del Sto. Padre que abre camino a **Poesías** (Karol Wojtyla) en la edición española, Biblioteca de Autores Cristianos, de la Editorial Católica, S. A., 1.982, es el hermoso canto poético del «Magnificat» traducido, como hemos dicho, del polaco de Lobodoswki, por Bartolomé Mostaza. Y como mi intención, líbreme Dios, no ha sido en ningún momento la de hacer crítica literaria, sino sencillamente la de prestar mi voz al poema para que intente llevar al público la pura emoción de la poesía de Juan Pablo II, pongamos, por ahora punto y evitemos el temblor de los dedos al abrir el libro para declamar el «Magnificat (El Himno)» compuesto en Cracovia en 1939:

### M A G N I F I C A T (El Himno)

Glorifica, alma mía, la Majestad de Dios,  
Padre de la bondad y de la gran poesía.

Con ritmo prodigioso mi juventud renueva  
y forja mi canción sobre yunque de roble.

En mi alma resuena la gloria del Señor,  
Creador bondadoso de la visión angélica.

Apuro hasta los bordes cáliz de rojo vino  
en la mesa celeste —tu servidor orante—.  
Gracias te rinde, Padre, mi juventud bendita;  
tus manos la formaron del corazón de un tilo.

Gloria a Ti, omnipotente, Escultor prodigioso  
—mi camino está lleno de abedules, de encinas—;  
heme aquí: trigel tierno, soy era bajo el sol;  
heme aquí: joven roca sobre el Tatra inclinada.

Bendigo tus trigales —por este y por oeste—,  
esparce a manos llenas la semilla en tu tierra,  
que se colmen de trigo los campos y ciudades,  
y sean nuestros días abierta sementera.

Glorifico tu luz —misterio impenetrable—,  
 a ti que mi alma encantas con canto primigenio,  
 que a mis cuerdas envías melodías eternas  
 y dejas que hunda el rostro en el azul del cielo.

El alma de mi cántico es la visión de Cristo.  
 ¡Camina, esclavo! ¡Mira los fuegos de San Juan!  
 Fulge el verdor del roble santo. Vive tu Rey,  
 se ha convertido en Jefe y Sacerdote del pueblo.

Señor, te glorifico por la serena espera  
 de las ojivas verdes de los días de abril,  
 por esta juventud —copa de vino ardiente—,  
 y el otoño nostálgico que los brezos recuerda.

Doy gracias por el canto, por el gozo y las penas,  
 por el azul y el oro que nuestras tierras viste,  
 gracias por la Palabra que los hombres habitan.  
 Gloria a Ti, que recoges la madurez lograda.

Gloria por el silencio insondable del alma  
 cuando a nosotros baja la Hermosura más alta.  
 Dios se inclina hacia el harpa, mas las palabras fallan,  
 cual rayos que en la arista del pedernal se rompen.

Fracasa el verbo. Soy como un ángel caído  
 —mármol que mira al cielo, escultura quebrada;  
 mas en la esbelta línea de sus brazos has puesto  
 la voluntad de erguirse. Soy uno de estos ángeles.

Te alabo, Padre mío, porque Tú eres el puerto  
 y el alma de mi canto —¡oh Luz del pensamiento!—  
 En Ti se inspira el himno de la maternidad,  
 la palabra cumplida. —¡Tú todo lo consumes!

Seas bendito, Padre, por el llanto del ángel  
 sobre el alma que a ciegas lucha con la mentira  
 —rompe Tú ese amor nuestro por las palabras huecas  
 que emponzoñan de orgullo el corazón del hombre.

Ando por tus caminos, yo, trovador eslavo,  
 canto con los pastores la noche de San Juan.  
 —Mas la canción orante, que el universo abarca,  
 la dejo ante tu trono. ¡Es sólo para Ti!

¡Bendita la canción que vuela hacia la altura!  
 ¡Bendita la simiente que en mi surco ha caído!  
 Glorifica, alma mía, a quien el terciopelo  
 puso sobre mis hombros y me vistió de raso.

Bendice al Escultor, ¡oh tú, profeta eslavo!  
 Señor, dame tu gracia —luchó contra el espanto—.  
 Glorifica, alma mía, canta al Señor tu Dios.  
 Entona el himno eterno, di: ¡Santo, Santo, Santo!

¡Esta es la canción que se hace poesía!  
 Púdrase mi semilla en el fondo del surco,  
 que robles y abedules den sombras a mis caminos,  
 y sean mis cosechas agradables a Dios.

¡Libro de las nostalgias eslavas! Grita y canta  
 con los resucitados el amor a la vida,  
 Que virginal y santo mi cancionero sea  
 y el himno de los hombres —¡el divino Magnificat!

Cracovia, 1939.

Dadme la geografía de un pueblo y os diré su historia, se dijo. Y Karol Wojtyla, que sufrió en su carne y en su espíritu los dolores de Polonia bajo regímenes durísimos, escribió este bello poema que es un clamoroso canto a la perdida libertad de su pueblo polaco.

## LLEGO AL CORAZON DEL DRAMA

### I.

Detrás del lenguaje se abre un abismo.  
 La inseguridad de esta flaqueza nuestra,  
 ¿la hemos heredado de nuestros mayores?  
 ¿Habrá que conquistar siempre la libertad?  
 ¿No basta sólo poseerla?  
 Nos viene como un regalo.  
 Pero se la mantiene luchando.

Regalo y lucha se inscriben en nuestros mapas  
 secretos y, sin embargo, evidentes.  
 Tú pagas con todo tu ser tu libertad de persona cabal.  
 Pagando siempre, llegas a poseerte de nuevo;  
 y a esto hay que llamarlo libertad.  
 Pagando siempre,

entramos en la historia  
 y trascendemos todas sus épocas.  
 ¿Dónde hallar la línea divisoria  
 entre los que pagaron poco  
 y los que han tenido que pagar demasiado?  
 ¿A quién preferiremos?  
 Tanto afán de autodeterminación,  
 ¿no habrá sobrepasado nuestras fuerzas?  
 ¿No llevaremos sobre nosotros todo el peso  
 de la Historia  
 como un pilar cuyas fisuras  
 no se han cerrado todavía?

## 2.

¡Patria! Desafío de esta tierra nuestra,  
 lanzado contra nosotros  
 y contra nuestros antepasados,  
 para decidir sobre el bien común  
 y envolver la Historia en la bandera  
 de nuestro propio idioma.

El canto de la Historia surge de las gestas  
 fundadas en la roca de la voluntad.  
 Desde la madurez de nuestra autodeterminación,  
 juzgamos nuestra juventud,  
 los tiempos de la desmembración  
 y el siglo de oro.

Tras la dorada libertad  
 vino la condena al cautiverio.  
 Los héroes llevaban sobre ellos la **sentencia**:  
 al desafío de la tierra entraban  
 como en una noche oscura  
 exclamando: ¡«La libertad vale más que la vida»!

«Hemos juzgado nuestra libertad  
 con más justicia que los otros»  
 (así se oía la voz misteriosa de la Historia).

En el altar de la autodeterminación  
 ardían las ofrendas de las generaciones;  
 y el grito de libertad  
 era más fuerte que la muerte.

## 3.

¿Podemos rechazar ese grito,  
que se alza en nosotros y crece  
como la corriente de un río  
entre orillas elevadas y abruptas?

¿Tenemos derecho a medir nuestra libertad  
por la libertad de los demás?  
(Lucha y regalo).

¡Vosotros, los que habéis unido  
vuestra libertad a la nuestra,  
tenéis que perdonarnos!

Mirad: estamos descubriendo, siempre de nuevo,  
que nuestra libertad y la vuestra  
son un regalo, que viene por sí solo,  
y que la lucha nunca es suficiente.

Como dramaturgo, Karol Wojtyła es autor de la obra teatral en tres actos **El taller del orfebre**, que él considera y subtitula como «Meditación sobre el sacramento del matrimonio, expresada a veces en forma de drama». El acto primero, subtitulado «Los Signos», el segundo «El Esposo» y el tercero «Los Hijos». El título de la obra original es «Przed Sklepem jubitera». La traducción al español ha sido realizada directamente del polaco por Anna Rodón Klemensiewicz.

Hace veintidós años que esta obra dramática fue publicada en la revista polaca **Znak**. Entonces no apareció en ella el nombre de Karol Wojtyła ya que salió a la luz bajo el pseudónimo de Andrzej Jawien. **El taller del orfebre** nos narra poéticamente la dramática historia de Teresa y Andrés, Ana y Esteban, Mónica y Cristóbal, tres parejas de jóvenes esposos que viven, como de hecho suele ocurrir en la vida, un apasionado y luminoso esplendor para caer también en las zarzas lacerantes, en las tinieblas nocturnas del amor humano. El autor juega con maestría indiscutible la acción de sus personajes situados en un tiempo y espacio determinados en medio de las normales realidades de cada día, conjugándolas con el simbolismo de sus personajes entre los que destaca el protagonista de la obra, el viejo orfebre, siempre prudente y sabio invadiendo totalmente la vida de los demás personajes.

El viejo y sabio orfebre tiene, en el escaparate de su tienda, «un extraño espejo en el que se refleja el futuro de la pareja humana —dicen los editores— hasta la frontera misma del misterio».

La balanza del orfebre, en aquel extraño taller, no pesa el metal: pesa inexorablemente el destino del hombre: la existencia humana.

La profunda filosofía de los largos diálogos, convertidos frecuentemente en monólogos, tiene la serenidad, la mansedumbre, la quietud,

exenta de prisa alguna, de las cosas bien pensadas, de las frases bien dichas. Es un teatro para pensar, para meditar, como debe ser todo buen teatro; no está hecho, como tantos, para fustigar, flagelar y herir. Más bien para restañar, suavizar, curar... Su sintaxis, aun con el peligro de la traducción de una lengua difícil, se ha conservado correcta en el vertido al español. En definitiva; leer pausadamente **El taller del orfebre** es meditar sobre el paso de la vida del hombre.

Lo ideal, sin duda alguna, habría sido una lectura completa, dramatizada, de **El taller del orfebre**; pero al no haber podido hacerlo así, brindemos una bella escena del acto 1.º de la obra del Papa:

### T E R E S A

Andrés me ha elegido y ha pedido mi mano.  
Ha ocurrido hoy, entre las cinco y las seis  
de la tarde.

No recuerdo exactamente, no tuve tiempo de  
consultar el reloj  
ni ver la hora en la torre del viejo ayuntamiento.  
En momentos así no se comprueba la hora,  
momentos así surgen en el hombre  
más allá del tiempo.

Pero incluso si me hubiera acordado de que tenía  
que mirar  
el reloj del ayuntamiento,  
no hubiera podido hacerlo, pues hubiera tenido  
que mirar  
por encima de la cabeza de Andrés.

Caminábamos precisamente por el lado derecho  
de la plaza,  
cuando Andrés se volvió hacia mí y dijo:  
¿Quieres ser la compañera de mi vida?  
Lo dijo así. No dijo: quieres ser mi mujer,  
sino: la compañera de mi vida.

Lo que iba a decirme era, pues, premeditado.  
Y lo dijo mirando hacia delante, como si temiera

leer en mis ojos,  
y al mismo tiempo como si quisiera indicar  
que frente a nosotros hay un camino, cuyo fin  
no podemos ver  
—hay un camino o por lo menos puede haberlo,  
si yo a su petición  
contesto «sí»—.



Respondí «sí», pero no en seguida.  
Sólo al cabo de unos minutos,  
a pesar de que a lo largo de aquellos minutos  
ni pudo haber reflexión alguna,  
ni pudo existir lucha de impulsos encontrados.  
La respuesta estaba casi decidida.  
Sabíamos los dos que se remontaba a todo nuestro  
pasado,  
y se proyectaba lejos en el futuro,  
que se hundía en nuestro ser, como la lanzadera  
del tejedor,  
para aprehender el hilo preciso  
que determina el modelo del tejido.

Recuerdo que Andrés tardó en volverse hacia mí  
y pasó largo rato con la mirada fija hacia delante  
como si escrutara el camino que se abría  
ante nosotros.

### A N D R E S

Llegué hasta Teresa por un camino largo,  
no la descubrí en seguida.  
No recuerdo siquiera si nuestro primer encuentro  
estuvo acompañado de algún presentimiento o algo  
parecido.  
Ni tan sólo sé qué significa «amor a primera  
vista».  
Después de un cierto tiempo noté  
que ella se encontraba en el ámbito  
de mi atención,  
es decir, que debía interesarme por ella,  
y que aceptaba con gusto la idea de tener que  
hacerlo.  
Sin duda habría podido no actuar tal y como  
sentía,  
pero comprendí que esto hubiera carecido  
de sentido.  
Era evidente que en Teresa había algo  
que sintonizaba con mi personalidad.

En aquella época pensaba mucho  
en mi «alter ego».

Teresa era todo un mundo, tan distante  
como cualquier otro hombre, como cualquier otra  
mujer

—sin embargo, algo permitía pensar en tender  
un puente—.

Dejé que esta idea permaneciera en mí,  
e incluso que se desarrollara.

No era ésta una concesión involuntaria.

No me rendía sólo a la impresión y a la magia  
de los sentidos,

pues sabía que entonces jamás saldría  
de mi propio «yo»,

y no llegaría hasta la otra persona —pero en esto  
consistía el esfuerzo—.

Pues mis sentidos se alimentaban, a cada paso,  
del encanto de las mujeres que se cruzaban  
conmigo.

En varias ocasiones traté de seguir las,  
y me encontré con islas deshabitadas.

Pensé entonces que la belleza accesible  
a los sentidos

puede convertirse en un don difícil y peligroso;  
sé de personas que por su causa dañan a otras  
—así, lentamente, aprendí a valorar la belleza  
accesible al espíritu, es decir, la verdad—.

Decidí, por tanto, buscar una mujer que fuera  
realmente

mi «alter ego» y que el puente tendido  
entre los dos

no fuera frágil pasarela entre nenúfares y cañas.

Encontré varias chicas que se apoderaron  
de mi imaginación

y también de mi pensamiento —pero he aquí  
que en el preciso instante

en que parecía estar más interesado por ellas,  
me daba cuenta, de pronto, que Teresa  
seguía presente en mi conciencia y en mi recuerdo  
y que instintivamente las comparaba a todas  
con ella.

A pesar de todo, casi deseaba que la alejaran  
de mi conciencia,

y hasta cierto punto contaba con ello.  
Y estaba dispuesto incluso a dejarme llevar  
por la impresión,  
por la sensación insistente y fuerte.

Quería considerar el amor como una pasión  
y como un sentimiento que prevalece  
sobre todo lo demás  
—creía en lo absoluto del sentimiento—.

Por esto no llegaba a comprender  
en qué se apoyaba aquella extraña pervivencia  
de Teresa dentro de mí,  
por qué seguía presente en mí,  
qué le aseguraba un lugar en mi «yo»,  
y creaba a su alrededor  
aquella especie de extraña resonancia,  
aquel «deberías».

De modo que procuraba rehuirla, evitaba adrede  
todo aquello que pudiera dar pie a la más leve  
conjetura.

Llegaba incluso a ensañarme con ella en mis  
pensamientos

y al mismo tiempo me sentía acosado por ella.  
Me parecía como si me persiguiera con su amor,  
del que yo debía apartarme con firmeza.  
Con todo ello mi interés por Teresa iba  
en aumento,

y en cierto modo el amor se alimentaba  
de esta misma contradicción.

El amor puede ser también como un choque  
en el que dos seres adquieren plena conciencia  
de que deben pertenecerse,  
aunque falten aún el estado de ánimo  
y los sentimientos.

Es uno de esos procesos del universo  
que producen la síntesis,  
unen lo que está separado y amplían y enriquecen  
lo que es angosto y limitado.

## T E R E S A

Debo reconocer que la declaración de Andrés  
ha sido para mí algo totalmente imprevisto.  
No tenía ningún motivo para esperarla.

Siempre había creído que Andrés hacía  
todo lo posible  
para que yo le fuera innecesaria  
y para convencerme de ello.  
Si su declaración no me ha hallado del todo  
desprevenida,  
es porque en cierto modo sentía que estaba hecha  
para él  
y que tal vez podría amarle.  
Quizá inconscientemente ya le amaba.  
Pero nada más.  
Nunca quise admitir en mí un sentimiento  
que pudiera quedarse sin respuesta.  
Hoy puedo ya reconocer ante mí misma  
que no me fue hada fácil.

Recuerdo en particular cierto mes  
y en este mes cierta noche—  
íbamos de excursión por la montaña,  
formábamos un grupo numeroso y muy unido,  
había entre nosotros algo más que simple  
compañerismo—  
nos entendíamos a la perfección.  
Andrés estaba entonces visiblemente interesado  
por Cristina,  
pero esto a mis ojos no le restaba encanto  
a la excursión.  
Siempre he sido dura como la madera,  
que se carcome por dentro antes que romperse.  
Si me compadecía a mí misma,  
no era a causa de un desengaño amoroso.  
Pero así y todo, fue muy duro.  
Sobre todo, aquel atardecer en que durante  
el descenso  
se nos hizo de noche.  
Nunca olvidaré aquellas dos lagunas  
que nos sorprendieron en el camino  
como dos cisternas de sueño insondable.  
Dormía el metal mezclado con el reverbero  
de la clara noche de agosto.  
Pero no había luna.  
De pronto, mientras mirábamos absortos  
—no lo olvidaré mientras viva—,  
oímos por encima de nuestras cabezas

un grito penetrante.  
Podía tratarse  
de un lamento, un gemido,  
o incluso de un piulido.  
Todos contuvimos la respiración.  
No sabíamos si era el grito de un hombre,  
o el lamento de un pájaro rezagado.  
Volvió a oírse la misma voz  
y los chicos optaron por responder con otro grito.  
La señal recorrió el silencioso bosque dormido  
y la noche carpática.  
Si hubiera sido un hombre —lo hubiera oído.  
Pero aquella voz ya no volvió a escucharse.

Y precisamente entonces cuando todos callaron,  
esperando una respuesta,  
se me ocurrió una idea: también acerca  
de los signos—  
hoy ha vuelto a mí aquella idea,  
entre el perfil de Andrés  
y la torre del viejo ayuntamiento  
de nuestra ciudad—  
hoy, entre las cinco y las seis de la tarde,  
cuando Andrés ha pedido mi mano—  
he pensado en los signos cuyo encuentro  
es imposible.  
Pero realmente pensaba en Andrés  
y en mí misma.  
Y sentí cuán difícil es vivir.  
Aquella fue una noche terrible para mí,  
aunque tuvimos una espléndida noche carpática,  
llena de belleza y misterio.  
Todo cuanto me rodeaba  
me parecía tan necesario  
y tan en armonía con la totalidad del mundo,  
sólo el hombre se hallaba descentrado y perdido.  
No sé si todos los hombres,  
pero estoy segura de que yo sí lo estaba.  
Por esto cuando hoy Andrés me ha preguntado:  
«¿Querrías ser la compañera de mi vida, para  
siempre?»,  
yo, pasados diez minutos, he contestado «sí»,  
y un poco más tarde le he preguntado  
si creía en los signos.

## A N D R E S

Hoy Teresa me ha preguntado:

Andrés, ¿crees en los signos?

Y cuando, extrañado de su pregunta,

me he detenido un instante

a mirar, sorprendido, a los ojos

de mi prometida —desde hacía un cuarto de

hora—

me ha contado los pensamientos

que no se alejan de su mente

desde aquella noche en las montañas.

¡Cuán cerca de mí pasó aquella vez!

Casi me asedió con su imaginación

y aquel discreto sufrimiento,

que entonces no quise percibir

y que hoy estoy dispuesto a considerar

nuestro bien común.

Teresa — Teresa — Teresa —

como un punto singular en mi maduración—

ya no prisma de rayos aparentes, sino ser de luz

verdadera.

Y sé que ya no puedo ir más lejos.

Sé que ya no seguiré buscando.

Sólo me estremezco al pensar cuán fácilmente

hubiera podido perderla.

Durante varios años caminé junto a mí

y yo no sabía,

yo no sabía que era ella la que avanzaba y crecía.

Me resistía a aceptar

lo que es hoy mi don máspreciado.

Después de estos años veo claramente

que los caminos que pudieron separarnos

son los que al fin nos han unido.

Estos años han sido el tiempo indispensable,

para podernos orientar en el complicado mapa

de los signos y los símbolos.

Tiene que ser así.

Hoy veo que su tierra es también mi tierra,

y yo que soñaba con tender un puente.

Esta es, a grandes rasgos, la obra literaria llegada hasta nosotros de Karol Wojtyla. Esta y, naturalmente, acaso la más importante, su palabra. La palabra del Papa está recogida por Ediciones Acervo, seleccionada e introducida por José M.<sup>a</sup> Alsina Roca, incluidas sus famosas intervenciones en Irlanda y E.E.U.U.

Y si con estas líneas, ajustadas al tiempo que una apertura de curso permite, hemos puesto una modesta pero tierna, filial florecilla en la obra literaria de este hombre buscador y repartidor de paz y amor por el mundo, que es Karol Wojtyla, nos daremos por más que satisfechos.

